

profundo acatamiento y gratitud debería exclamar: «habla Señor, que tu siervo escucha».

De aquí podréis deducir qué neciamente hablan y con cuanto desconocimiento de lo que es la fe y de los motivos en que se apoya, los que, haciendo alarde de ilustración y hasta de religiosidad, dicen, que son católicos, pero que no admiten ciertas doctrinas de la Iglesia. Afirmación es ésta que destruye el concepto de la fe y quien la profiere, por mucho que disimule, no puede menos de estar contaminado de incredulidad, porque bien claramente se deduce que si cree alguna verdad revelada es porque le parezca admisible, según su propio juicio, y no por ser Dios quien revela, pues si creyera por este último motivo de la misma manera que cree este o aquel dogma, daría fe a todas las enseñanzas de la Iglesia. Así que la fe o es universal, es decir, o se extiende a todas las verdades reveladas o degenera en incredulidad. ¡Cuántos incrédulos de este género, movidos de petulancia racionalista, nacen de la fecunda, pero pestilente ignorancia religiosa!

Pero no debemos dejar de advertir que las verdades a cuyo asentimiento más resistencia hacen son las referentes a la justicia divina, y a la severidad de sus juicios. No hacen como David que si canta himnos a la misericordia de Dios, ensalza de igual manera su justicia y se confía en la bondad divina; teme, más que niño medroso, la equidad de los juicios del Señor. Se han fingido un Dios a su conveniencia; un Dios todo bondad, perdón, misericordia, siempre padre y nunca juez, siempre amor y nunca autoridad airada, lo creen siempre dispuesto a ser el Dios del Gólgota, después que una sola vez fué el Dios del Sinaí, y rechazan inconsideradamente las verdades reveladas que inspiran su santo temor; mutilan el credo; admiten de él lo que favorece su despreocupación para servir a Dios, y lo que les impone obligación estricta de someterse a la voluntad divina bajo severísimas penas la reputan como elemento necesario, en otros tiempos, para doblegar la conciencia humana, pero improcedente y hasta ridículo en lo tiempos actuales.

Y lo peor no es que los incrédulos se formen este criterio; lo más sensible es que hasta en personas que se tienen por piadosas se note cierta incertidumbre vaga, cierta halagadora desconfianza respecto de la exactitud de la revelación de esa clase de verdades, que si son tremendas en sí mismas, en sus efectos son eminentemente moralizadoras.

Todo lo que Dios ha enseñado tiene el sello de verdad rigurosa, y Dios con la misma precisión ha revelado los dogmas que se refieren a su justicia que los que afirman su infinita misericordia. Admitir unos y negar otros es una arbitrariedad que lleva aparejada la ofensa al Maestro divino, en pena de la cual Dios confunde al hombre en sus mismos juicios y deja de iluminar sus pasos permitiendo que lo envuelvan las tinieblas de la incredulidad.

Esta razón podrá tener valor dentro del protestantismo, cuyo principio fundamental, dejando libre al hombre para examinar e interpretar la Sagrada Escritura por sí mismo y sin sujeción a nadie, puede dar por resultado, como efectivamente lo dió, que cada secta tenga un credo distinto, cuando no contrario al de las otras sectas. Si se dice de los filósofos que no ha habido absurdo que no salga de la boca de ellos, aún discurriendo en el orden puramente natural y sin que sus lucubraciones tuvieran al menos por